

# Humillada y ofendida

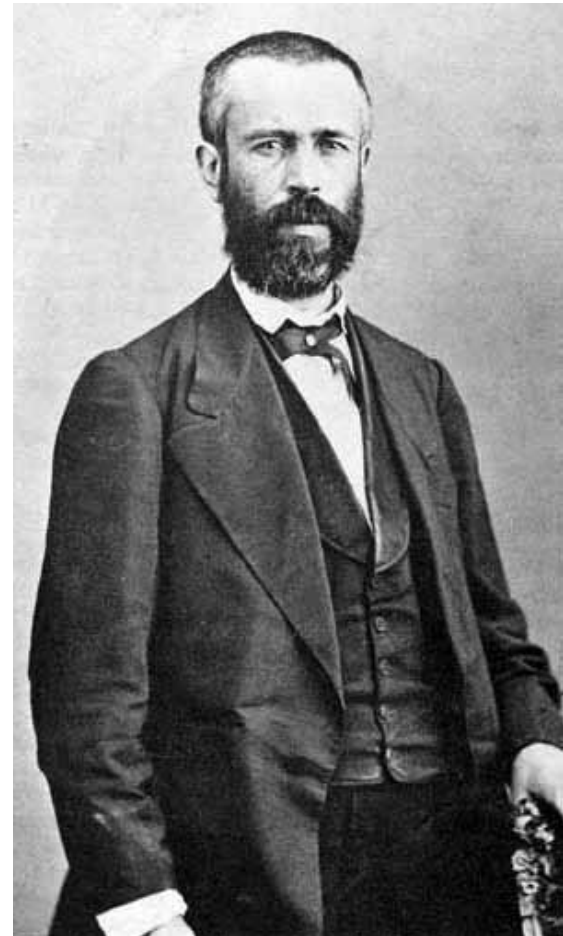
## Apuntes sobre el exilio de la filosofía en México

*Ramón Castillo*

SE DICE QUE AL PERCIBIR EL CLIMA ADVERSO que se había desatado en Atenas tras la muerte de su antiguo y célebre alumno Alejandro Magno, Aristóteles decidió emprender la graciosa huida para evitar que se cometiera un “segundo crimen contra la filosofía”. El primero había sido, por supuesto, el cometido contra Sócrates al acusarlo de corromper a la juventud y de impiedad, lo que derivó en un juicio que consignaron varios de sus alumnos y culminó en la muerte de aquel que en vida fuera un terrible oponente que, a fuerza de preguntas, desarmaba certezas y propiciaba el ridículo de sus contendientes. Para sobrevivir y para continuar con su labor intelectual, Aristóteles tuvo que exiliarse, obligado por las circunstancias, en tierra lejana, donde murió años después.

La historia resulta ahora pertinente por, al menos, dos razones. La primera de ellas es la más obvia, un nuevo “crimen contra la filosofía” se ha fraguado con el único objetivo de exiliarla de las escuelas y, por consiguiente, de las concepciones y hábitos de las nuevas generaciones. La segunda es para recordar otro intento de “crimen”, aquel perpetrado contra los españoles tras concluir la Guerra Civil Española y que derivó en un penoso exilio, sin embargo, y eso es lo que hay que aprender del episodio, también en una fructífera relación.

En 1939, Francisco Franco se eleva como vencedor en un conflicto que duró tres años y desangró a toda España. La derecha más recalcitrante, conservadora y retrógrada emprende una serie de persecuciones y



Gabino Barreda

Fotografía: Winifred Bates



descalificaciones contra todos sus oponentes. Tal clima de animadversión obligó a distinguidos intelectuales, políticos, empresarios y muchísimos hombres y mujeres de a pie a considerar a México como su única opción viable, si es que querían sobrevivir. Cruzando el atlántico, el presidente Lázaro Cárdenas les ofrecía una posibilidad a todos ellos para escapar de las injurias que el nuevo régimen les imponía. Así fue como, motivados por la invitación de Alfonso Reyes, una pléyade de filósofos y escritores ibéricos desembarcó en este país con la intención de hacer lo que sabían hacer, así, sin más.

La historia del pensamiento filosófico oficial se remontaba, en el siglo xx, a la incorporación de los estudios áticos a la flamante Universidad Nacional. Recordemos e imaginemos cómo, en 1910, don Justo Sierra se paró frente a un presidium encabezado por los bigotes canos, abundantes y soberbios de Porfirio Díaz. Era aquella una ocasión digna de celebrarse: la inauguración de la Universidad Nacional, una institución

que avalaba la apertura del país a lo más granado del pensamiento, la técnica y el progreso. El enfoque era, obviamente, positivista, herencia de Gabino Barreda, pero aun así, don Justo no dejó de laurificar la intención de hacer confluír en aquel escenario a los más diversos enfoques servido de la pluralidad y el diálogo. Se aclaró la garganta, respiró profundo y comenzó a encomiar tan grande logro. No pudo, por supuesto, dejar de celebrar la práctica del ejercicio filosófico porque, bien en claro que lo tenía, no hay “nada más respetable ni más bello” que la filosofía. Agregaba a lo anterior la obligación del Estado de reconocer la pluralidad de creencias, sin imponer ninguna, por supuesto. Sus palabras, sabiendo ahora que dicho albedrío cobraría en apenas unos días matices trágicos, nos recuerdan que el desapego de la autoridad respecto al pensamiento —y éste, a su vez, de la realidad— redundaba en una indiferencia que se habrá de pagar con altos intereses en algún momento.

Los exiliados españoles encontraron, a pesar del viejo desliz positivista, un país con una tradición de



pensadores no sólo extensa temporalmente sino rica en calidad. El Ateneo de la Juventud, que derivó luego en el Ateneo de México y más tarde en la Universidad Popular, es prueba de la búsqueda de nuevos derroteros por parte de los jóvenes intelectuales que pasada la Revolución definirían el rumbo cultural del país. Así, los maestros

de la Iberia encontraron un terreno apto para traspasar sus proyectos truncados violentamente y trazar nuevos caminos en la tierra que les abrió sus brazos. Estos filósofos atienden a la historia que les precede con la firme conciencia de que “el pasado no interesa últimamente por él mismo. Últimamente, sólo interesa para construir el presente y el futuro”, según las palabras de José Gaos (1900-1969).

Eduardo Nicol (1907-1990), otro de los famosos exiliados, al estudiar la historia de las emergentes y novísimas naciones hispanoamericanas observó que éstas pronto se hicieron de la palabra filosófica para obtener su libertad, o mejor dicho, ejercerla pensándose a sí mismos: “pensar para ser: esta parece que hubiera sido su fórmula”, dice. Por ello, cuando se quiere hacer de la filosofía un artilugio para ofrecer respuestas fáciles y de escaso arraigo intelectual; precisamente en este momento en que la disciplina filosófica se pretende más un accesorio inútil, “transversal” la nombran, dentro

del currículm académico; un ejercicio que sólo quitará el tiempo para que los futuros trabajadores del país trabajen más y cuestionen menos; cuando a la filosofía se la quiere exiliar de las escuelas es buen momento para recordar la polémica entre dos términos, o mejor dicho, dos formas de percibir una misma situación, aquella que los españoles padecieron tras la Guerra Civil Española.

Por un lado, José Gaos, representante de la reputada escuela de Madrid, acuñó el término “transterrado” para referirse a todos aquellos españoles que tuvieron que salir de su país, abandonar sus carreras, profesiones, amistades y familia, motivados por el fin de la Guerra Civil Española. El “transterrado” es aquel que —como una vid— es desplazado a otro terruño, una tierra distinta a la que lo nutría anteriormente. Este movimiento enriquece tanto a la vid como a la tierra que, en mutua correspondencia, se impregnan una de la otra. Un “transterrado” prolonga su quehacer en una tierra que, en el caso de Gaos, “parecía ya mi destino, un destino que, desde luego, aceptaba hasta con entusiasmo”. Sin embargo, tal denominación no fue compartida por Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011), español igualmente y quince años más joven que su maestro Gaos, a quien conoció como implacable y erudito profesor en la Universidad de Madrid y hombre de confianza de Ortega y Gasset.

Sánchez Vázquez se avoca, en sus propias palabras, a ejercer la filosofía de la praxis, un pensamiento marxista no dogmático en el que prevalece el ideal



Fotografía: Gerda Taro

de la transformación social servida del pensamiento, la acción política y “la crítica a todo”. Pese a no formarse enteramente como filósofo en su natal España, Sánchez Vázquez se acerca a su condición de exiliado con mayor acritud que el maduro Gaos. El filósofo de la praxis le critica una “visión ideal o idealizada de la América hispana que no corresponde a su historia ni a su realidad”; el exilio es doloroso y traumático, no hay pues “transtierro” sino “destierro”. La salida fue forzosa y el nuevo comienzo, si bien noble en cuanto a México se refiere, indudablemente penoso. El “transtierro” real, prosigue Sánchez Vázquez, se da tiempo después, “en la integración sucesiva del exiliado en la vida del país que lo ha acogido”. Agradecer y celebrar la postura cardenista no obsta para que se admita la terrible condición de ser expulsado de la propia nación, asegura.

El emplazamiento de Sánchez Vázquez nos sirve para hacer una analogía entre la polémica suscitada por aquel par de peninsulares al definir su desarraigo, y la situación actual de la filosofía en México. La expulsión de las aulas, de los centros de estudio, pero aun todavía más alarmante, de la vida misma de toda una generación no puede ser otra cosa que un “destierro” vergonzoso y suicida; jamás un “transtierro” en una gris zona indefinida con la etiqueta de “transversalidad”. Si la certeza ontológica, el llegar a ser, se obtiene mediante el ejercicio mismo de la intelección, en estos días es preciso replantearse la identidad de un país que se

niega a obtenerla pensándose. Nos preguntamos qué sucederá cuando se abandone la tradición de utilizar las neuronas de forma ordenada y sistemática al renunciar a la filosofía. Acaso la disolución burda, desmembrada y total de un cuerpo que no atina siquiera a mantenerse en pie a causa de sus luchas intestinas.

La filosofía, entonces, debe apostar por buscar espacios alternos, formas de subsistir sin depender del Estado, aun cuando sea obligación de éste preservar su existencia. Pero, también, por ello resultará fundamental reconocer que la filosofía siempre ha gozado de un carácter excéntrico y excepcional.

El siempre polémico Michel Onfray asegura que si la gente no le encuentra utilidad a la filosofía es porque esta hace mucho que le dejó de ofrecer alternativas de vida. Los especialistas conversan sólo con ellos mismos pues, después de todo, aseguran, la disciplina nunca ha sido accesible para el vulgo grosero e insensible. Onfray se revela contra esta idea y asegura que para oponerse a la inercia social en la que se privilegia la memoria y no el razonamiento, la costumbre por la respuesta de manual y no la búsqueda de la pregunta socrática, es preciso buscar espacios alternativos para crear hombres plenos, soberanos y libres. Él apuesta por la creación de centros en los que exista el rigor intelectual acompañado de la invitación a cualquier persona; si bien el propósito —lo reconoce con tino— no es producir filósofos, sí es crear gente más sensible, capaz de enfrentarse al mundo con

la obstinación propia que trae aparejada la inteligencia, la curiosidad y, por supuesto, el inconformismo.

Deleuze y Guattari, en el último libro en el que colaboraron al alimón, lanzan una diatriba contra la idea de que la palabra “concepto”, expropiada por esa ramera llamada *marketing*, se confunda y termine reducida al ejercicio más vulgar de la publicidad. Los conceptos son creaciones eminentemente filosóficas, ejercicios de altísima envergadura cuya sutileza intelectual sobrepasa la banal creación de *jingles* y campañas para vender jabones y cremas antiarrugas. La filosofía está muerta, escuchan decir. Ambos sonríen por la ingenuidad de la frase, el lamentable catastrofismo, la reiterada disolución tantas veces proclamada, la poca perspectiva mental e histórica. No, la filosofía no ha muerto, tampoco es necesario tratarla como enferma, ella misma ha sobrevivido más que todos los esfuerzos por cuidarla, mimarla, hacerla popular. Para que el soberbio ejercicio del pensar siga existiendo basta que lo realicemos como una prueba evidente de que usar la cabeza en estos tiempos es excepcional y, como siempre, necesario.

Resulta particularmente oportuno volver a recordar las palabras de Eduardo Nicol quien en su libro *El problema de la filosofía hispánica* nos habla del *ethos* propio de cualquier actividad. El hacer nos define, somos lo que hacemos; en tanto

carpintero, seré excelente en mi oficio si hago sólidos y buenos muebles; en tanto escritor, estaré a la altura del *ethos* que me exige tal vocación si me entrego con soltura y vehemencia, tratando de hacer lo que debo de la mejor manera posible; así, en tanto filósofos, la responsabilidad ética que acompaña tal empresa deberá estar preservada por el ahínco, el tesón y la obstinación con la que se enfrenten el maremágnum de estulticia y ridiculez que esta época nos sugiere.

El exilio de la filosofía es, al parecer, inminente y, por ello mismo, apremia su replanteamiento y respuesta a lo que estos tiempos aciagos nos ofrecen como el estado imperante e irrefutable de las cosas. La tarea, insistimos, consiste en pensar, pensar a contracorriente, de forma intensa y, como dijera Kant, por nosotros mismos; sólo es cuestión de tener el coraje para hacerlo y aprender de la historia. ▀▀



Fotografía: Deutsches Bundesarchiv